

CORREO DE MADRID.

DEL SABADO 8 DE SETIEMBRE DE 1787.

Extracto de una crónica de Persia del año 530 de la Egira.

Abbas Carascan nuestro señor soberano, cuya gloria y poder es la emulacion de los Reyes de la tierra, tuvo á bien confiar á su vasallo *Mirsa* el gobierno de la provincia de Tauris. Jamas la corrupcion inclinó á favor de la injusticia la balanza que estaba en manos de este Gobernador, y el tiempo de su administracion fue una de aquellas dichas épocas en que se vé protegida la inocencia, honrada la ciencia, y premiada la industria. *Mirsa* fue la admiracion y el objeto de los elogios de todos por su admirable conducta; pero en medio de tantas satisfacciones, quando se habia atraído la estimacion universal, y quando el pueblo le miraba como su padre, le acometió una profunda melancolia causada de observar, que en medio de su buena conducta, no merecia recompensa alguna. Apoderada la melancolia de este justo magistrado renunció todos sus placeres, y se entregó á la soledad. Si estaba en su Palacio se acostaba en un canapé, si se paseaba, era á paso lento, mirando á tierra, y si se aplicaba á los negocios era con la mayor repugnancia; resolvió por último renunciar su empleo viendo que para él era solo una cadena de penosos trabajos. Obtuvo licencia para presentarse al trono de nuestro soberano, y preguntándole este sobre su solicitud, le respondió de este modo. „Dignese el soberano del mundo perdonar á un esclavo honrado con sus bondades quando *Mirsa* se atreve á poner á los pies del grande *Abbas* el empleo que le confió: vos me disteis Señor el gobierno de una provincia tan fértil como los jardines de Damasco y los de otra Ciudad, cuya gloria sobrepuja á todas las demas á excepcion de la que reverbera los rayos de vuestro esplendor, pero la vida mas larga

„ apenas es un periodo suficiente para prepararse á la muerte; todos los demas negocios son tan vanos y pequeños como el trabajo de una hormiga hecho en camino real que perece para siempre bajo los pies de los caminantes, y todos los adelantos de esta vida tienen tan poca constancia y duracion como los colores del arco iris, que al mismo instante que brillan se desaparecen. Me permitis que yo me prepare para la eternidad; concedéis á mi alma la libertad de entregarse enteramente á la meditacion. No tomeis á mal que con el auxilio de la soledad y del silencio me familiarize con los sublimes misterios de la devocion, dejadme olvidar el mundo y que yo mismo sea olvidado hasta el momento en que se descubrirá á mis ojos, y que me hallaré á los pies del tribunal del todo-poderoso. “ Acabando de pronunciar *Mirsa* estas palabras se arrojó en tierra y calló.

El gran *Abbas* mandó que se insertase en la historia el recuerdo de la sensacion que estas palabras hicieron en su trono, á cuyos pies rinden homenaje todas las naciones. Miró todos los grandes que lo rodeaban, pero estaban pálidos sus rostros, fijados en tierra los ojos de todos guardando el mas profundo silencio, rompióle por fin el Rey con estas palabras: „*Mirsa*, dice, tu me has llenado tanto de terror como de incertidumbre, mi sobresalto es semejante al de un hombre que quando mas descuidado se halla de una vez sobre un derrumbadero, donde le precipitan con irresistible fuerza, pero no sabré yo determinar si mi riesgo es real ó quimerico. No soy yo como tú, un reptil de la tierra; mi vida no es un instante, y los dias, años y edades que miramos ¿qué son en comparacion de la eternidad? Nada. No sabré

„prepararme para ella; ¿pero quién go-
 „bernará á mis fieles vasallos? no podrán
 „executarlo los temores del juicio futuro,
 „será preciso confiarlo á los que teniendo
 „una vida brutal semejantes á las bestias,
 „jamás se acuerdan de la necesidad de
 „morir; ¿quiénes serán los verdaderos fie-
 „les? La muchedumbre que está en con-
 „tínuo movimiento en esta Ciudad se halla
 „en estado de perdición, y solo la imita-
 „cion del retiro de los dervises es la puer-
 „ta del Cielo? No contemplo que todos
 „los hombres puedan vivir como dervises,
 „ni que una ocupacion pueda ser comun
 „á todos. Retírate á la casa que se ha pre-
 „parado para tu hospedage, pensaré en
 „los motivos de tu renuncia ó peticion, y
 „dignese el que aclara los ojos del hom-
 „bre humilde, inspirarme una resolucion
 „llena de sabiduría. “

Retiróse *Mirsa*; y viendo que se ha-
 bían pasado tres dias sin haberle comuni-
 cado resolucion alguna de parte de su so-
 berano, pidió segunda vez audiencia, la
 que se le concedió; al presentarse al Rey
 manifestó su modestia la satisfaccion que
 iba á dar. Sacó de su pecho una carta, y
 despues de haberla besado la entregó al
 Rey diciendo „esta carta que me ha en-
 „viado *Cosrou* me ha enseñado el imán
 „que actualmente está delante de vos, y
 „del modo en que debemos aprovecharnos
 „de nuestra vida; vedme ahora en estado
 „de mirar hácia atrás con gusto, y hácia
 „adelante con esperanza; ¿dichoso yo si
 „puedo ser todavía el hombre que parti-
 „cipa de vuestro poder en Tauris, y de
 „conservar los honores que poco hace
 „queria renunciar! “ El Rey que habia
 escuchado á *Mirsa* con una sensacion mez-
 clada de sorpresa y de curiosidad, entregó
 inmediatamente la carta á *Cosrou*, man-
 dándole que la leyese; todos los cortesa-
 nos clavaron sus ojos en este sabio viejo,
 quien la leyó con alguna alteracion, y
 cubierta su cara de una honesta verguenza
 empezó de este modo „que *Mirsa* aquel
 „que ha honrado la sabiduría de nuestro
 „poderoso soberano con un gobierno, go-
 „ce para siempre de una salud inalterable;
 „la flecha de la afliccion hirió mi corazon,

„y la tristeza obscureció mis ojos, quan-
 „do supe que querias privar á los millares
 „de almas que habitan en tu Provincia
 „de los bienes que le proporciona tu auto-
 „ridad; ¿pero quién se atreverá á hablar
 „delante del Rey en la turbacion que ma-
 „nifiesta su semblante, ó confiarse en su
 „ciencia, quando uno vacila y duda? Te
 „contaré los sucesos de mi juventud, que
 „tus hechos me recuerdan; y quiera el
 „profeta multiplicar en tí las instruccio-
 „nes que me dió! “ (*Se concluirá.*)

*Sueño que se nos ha remitido de un hom-
 bre despierto.* ¡Quién lo creyera! ¡Qué estas
 tierras ibéricas en el dia tan fértiles, y en otro
 tiempo incultas y llenas de malezas, no se
 alimentaban, digamoslo así, sino de ca-
 daveres de los que en las guerras civiles
 perecian? ¿quién creeria que en esos tiem-
 pos barbaros la guerra era el objeto prin-
 cipal de los desgraciados pueblos, que com-
 praban su esclavitud, al precio de peligros
 y trabajos superiores á sus fuerzas? Tal era,
 no obstante el estado de este Reyno, tal
 era la barbarie de aquellos siglos llenos
 de obscuridad y tinieblas; hasta que feliz-
 mente la autoridad Real libertó á los pue-
 blos del poder de los pequeños tiranos que
 en masa formaban un conjunto de usurpa-
 dores mutuos y temibles, pues sabian
 unirse para sostener el interés general: li-
 braronse pues los súbditos de las tiranías,
 hicieronse mas felices y mas poderosos.
 Todo toma un nuevo aspecto; se muda el
 semblante, y varía la constitucion del go-
 bierno: el estado monarquico llega á tomar
 vuelo: las clases de un estado se confun-
 den: el espíritu sistemático, toma colori-
 dos de verdad: todos dan proyectos sobre
 las formas del gobierno: algunos gritan y
 declaman; la gente sensata cierra las vi-
 das al clamor: el espíritu de conquista to-
 ma vigor, y quando este acaba empieza el
 luxo á enervar. El pueblo que no vé sino
 por la apariencia de las cosas, juzga verse
 en el último punto de civilizacion; los
 honores, la riqueza y el poder le aluci-
 nan; y entre el fausto y su miseria,
 pierde los resortes de su fortaleza, y de
 aquella elasticidad capaz de hacerle respe-

ble. Admira muchas veces las viles acciones y las coloca entre las heroicas, dimanadas del valor y la prudencia. Se extienden todos por medios desconocidos, y se siguen á estos débiles tiempos aquellos fecundos, en que los hombres grandes manan por las quatro partes del mundo, á pesar de que siempre queda alguna mas atrasada que las demas. ¿Si será tal vez nuestra era la que aqui reconozcamos? ¿Si será la era anterior ó la de antaño? El curioso lector sabrá resolver este problema: no se escapará de él y de su fiera turba sin que haya quien lo averigüe.

Entre las noticias funestas que continúa dando la gazeta de Mexico de los terremotos experimentados casi en toda nueva España, merece copiarse la que contiene el artículo siguiente de la gazeta del Martes 1 de Mayo último.

Ometepec en nueva España. Despues de explicar los terremotos experimentados y su duracion, el Alcalde mayor de Igualápan Don Francisco Gutierrez de Teran, dice „que al tiempo del primero, estando varios infelices de aquellas pesquerías, haciendo barras para coger pescado, y ya algunos montados á caballo despues de haberlo recogido y metido en sus redes, vieron con asombro retirarse el mar mas de una legua, descubriendose tierras de diversos colores, peñascos y arboles, y que con la misma velocidad que se huyó de su vista, volvió otra vez y otras, dejando millares de pescados en el distrito sin agua, y antecogiendolos, hizo muchos pedazos á once de ellos, dejandolos colgados y metidos entre los palos de un monte, que dista como legua y media del mar, y de excesiva altura, escapando solamente algunos, aunque muy maltratados y heridos, que son los que han referido el caso, todos vecinos de aquella jurisdiccion.“

Algeciras. Señor Editor. Mi venerado y muy apreciable dueño, acabo de recibir de Madrid la adjunta carta en que con muy buen modo se me reprende de ligero y facil en introducirme á tratar materias,

que aunque yo no las creo ajenas de mi profesion, suelen no obstante ser tenidas por los presuntuosos y por la muchedumbre como cosecha de graves, togados y jurisconsultos cargados de borlas, y de grados de Universidades, que como estaban poco hace, y se conservan aun algunas, no forman prueba convincente de que pase de nombre esta tan aplaudida qualidad, que infundiendo presuncion aumentaba la ignorancia.

En ella se me indica al parecer un plan ó division de asuntos propios de mi carrera, que el anónimo quisiera que yo me hubiese propuesto tratar, para sostener el decoro de la Milicia y dar de ella, á los que no la tienen justa, una idéa que rectificara sus extraviados razonamientos, afectadas pinturas y apostrofes, con que ocultando las virtudes patrióticas y heroismo que producen, solo se muestra en la guerra y en las batallas la sangre derramada, los despedazados miembros, los gemidos y las ansias de los moribundos, los incendios, y el saqueo de las mas hermosas y pobladas campiñas y ciudades.

Pero si estos incendios, destruccion y saqueo son indispensables para contener á un injusto poderoso enemigo que aspira á la destruccion de su vecina sociedad ó república, á privar á los ciudadanos de su religion, de su libertad, de sus mugeres queridas, de sus idolatrados hijos, y de todos los bienes y fortuna que estaban haciendo su dichosa suerte: si esta sangre derramada, estos gemidos y ayes, los miembros despedazados, la muerte en fin, y los mayores estragos no arredran y son sufridos con gusto por una parte de los ciudadanos para que no perezca la patria, ó la otra mayor que la constituye: si estos inevitables males, efecto de las pasiones, son el precio de la libertad y permanencia del pueblo bajo, de las suaves leyes de la razon, de la equidad, y de un culto y verdadera creencia; merecerán los odiosos títulos de monstruosos, feroces, abominables y todo lo demas que se lee en los números 64 y 65 de su periodico de Vm.; los esfuerzos de estos heroes, y los medios indispensables que produjeron tan ideadas felicidades?

¿Qué pretenden los autores de estos dos rasgos de eloquencia? ¿qué recurso ó efugio nos querrán dictar para huir de una cosa que pintan como tan honrosa y abominable? Quiten las pasiones que son la gangrena de las sociedades, y entonces dejarán de ser un bien y alivio del género humano los cauterios y amputaciones. Supongan incapáz de hacer la guerra por aversion á sus estragos á la sociedad acometida, ¿quál será su situacion despues de atropellada y conducida á los forzados encierros y mazmorras en que á fuerza de palos y recios castigos, rinden sus alientos estos suaves individuos, y acaban entre los horrores de la desnudez, hambre, cansancio y enfermedades asquerosas que son consecuencia de su nueva suerte? ¿Es esto lo que deleita á esos oradores humanos, ó que se creen tales porque les hizo mas impresion un corto mal presente que una larga série de miserias, y la sucesiva aniquilacion de toda una republica ó sociedad?

Para dar pues una idea, ó inducir á que lo haga el discurso de otros mas advertidos, dirigirá á Vm. siguiendo el orden que se me propone por el anónimo algunas cartas como yo vea que con la impresion de estas aprueba Vm. mi pensamiento, pudiendome lisongear de resultas de que no desagradarán á la nacion, cuyo desengaño y progresos ansía, aunque no con el feliz éxito que Vm. El Militar Ingenio. (*La Carta que se menciona en esta se insertará en el número siguiente*).

Otra. R. á 25 de Julio de 1787. Señor Editor del Correo de Madrid: por el ardor que siempre he tenido de ver traducidos en nuestra lengua los famosos cuentos ó novelas de Mr. Marmontel, me hice venir la novela: *igual conflicto de amor, naturaleza y lealtad* anunciada en el número 76 de su Correo.

Pero no hube fijado bien la vista en algunos de sus parrafos, quando sentí altamente que se hiciera tan grosero retrato de los escritos de este sabio francés. Vi en vez de version una pesada exposicion ó comentario de su cuento. El señor Traduc-

tor le desfigura enteramente, le abulta sin necesidad, y extiende su historia ignorada de pocos. Pareceme que las mas energicas frases están mechadas con el mas rancio y añejo tocino. Despues de quitarles aquella noble expresion, en la que el autor se reviste de todos los afectos de los personajes del cuento, le usurpa el raptó, viveza y entusiasmo que con tan admirable facilidad los produce, y las *amplifica* con los mas pedantes pleonasmos, y fastidiosos rodéos. Mi pluma no es suficiente para expresar la chabacaneria de esta traduccion. Harto me pesa no saber hablar como se requiere del disfráz de ridículos atavios (al modo de las novelas de los siglos pasados), con que ha vestido al desgraciado cuento. Por el: *lectorem delestando, pariterque monendo*, me admiré del gran estudio del señor Comentador, revolvendo autores y poetas latinos, para buscar tan peregrino é inaudito epigrafe. ¿Qué rasgos y símiles históricos, tan sin ton ni son, para decir nada, se hallan en lugar de morales y utilísimas máximas (de resultas de *conocer el nervio del concepto*) en el discurso preeliminar! La novela tiene los mismos sentimientos, carácter y naturalidad que el original. ¿Pues qué, el despecho que se manifiesta en Lauso en estas expresiones: *Qu' elle se venge.... que elle m'haïse autan que je l' aime*; &c. no se representa bastante con las débiles palabras: (pág. 6 lin. 18) *Aunque se vengue de mí, aborreciendome tanto como la quiero*? &c. pero diré lo que mas me ha dado en rostro por mis cortos alcances. El señor Traductor quizás no sabrá distinguir quando la diccion *el* es artículo ó pronombre, pues ignora que haciendo las veces de aquel se suprime la *e* como: *al sacrificio, al odio público* &c. en vez de; (pág. 15 lin. 4) *á el sacrificio*, (pág. 15 lin. 11) *á el odio público* (*), mas debe saber que en la misma página (.) lin. 16 está bien escrito: *lleno de él*, porque entonces la diccion *el* no se puede sin copar por ser pronombre relativo; con todo la oracion no tiene la menor pureza de estilo. (*Se concluirá.*)

(*) De estos yerros está llena la novela.